

Economía del hambre

“La Soberanía Alimentaria es considerada como “el derecho de los pueblos a definir sus propias políticas y estrategias sustentables de producción, distribución y consumo de alimentos que garanticen el derecho a la alimentación para toda la población, con base en la pequeña y mediana producción, respetando sus propias culturas y la diversidad de los modos campesinos, pesqueros e indígenas de producción agropecuaria, de comercialización y de gestión de los espacios rurales, en los cuales la mujer desempeña un papel fundamental”.

(Foro Mundial de Soberanía Alimentaria, 2001).

Los alimentos a través de la historia han permitido el desarrollo de las culturas, han unido y acercado pueblos, han definido en su forma de producción, distribución y consumo, los grados de autonomía y bienestar de los sectores populares. Los productores y los consumidores lo han hecho organizados en asociaciones solidarias y comunitarias, en mingas, en familia, en la pequeña y mediana producción, utilizando las especies naturales autóctonas y adoptadas, mejoradas artesanalmente y con el intercambio de semillas y especies entre comunidades en diferentes regiones del planeta.

La producción agroalimentaria de los pueblos ha hecho posible el mejoramiento de especies, utilizando diversos métodos y técnicas no lesivas a los ecosistemas ni a la biodiversidad; ha ampliado la base alimentaria y medicinal, mediante la domesticación, cruce y mejoramiento de especies, el intercambio de semillas y productos, utilizando tecnologías e insumos no erosivos, no modificados genéticamente, no contaminados química, radioactiva o biológicamente, enriqueciendo nutricionalmente la mesa alimentaria de todo el mundo; al mismo tiempo que ha generado identidad, cultura de convivencia y respeto con las demás especies del entorno de las comunidades, conservando los banco genéticos naturales en todos los territorios donde campesinos e indígenas producen para autoconsumo, con una distribución más equitativa de la tierra.

Estas formas de producir están siendo arrasadas por la agroindustria intensiva y extensiva del monocultivo en latifundios que continúan creciendo con el despojo y la extranjerización de la tierra, reduciendo la producción alimentaria de los campesinos de los países agrícolas empobrecidos, además, el mercado impuesto por organismos multilaterales como el FMI, el BM y la OMC (distribución internacional del trabajo) en la mundialización del capital, obliga a producir lo que no se ha de consumir y a consumir lo que no se produce localmente, vaciando o llenando el plato de acuerdo al hambre de acumulación de los negociantes de la alimentación; pues el capitalismo ordena producir para exportar sin tener en cuenta las necesidades alimentarias internas, de la misma forma que impone el consumo de alimentos importados. Quienes tienen los medios económicos, tecnológicos y el apoyo del Estado para producir en el agro, son las grandes empresas capitalistas nacionales y transnacionales. La ONU, la UNICEF, la OMS, la FAO, el PNUD emiten mandatos para mejorar las condiciones de alimentación y salud de los pueblos, mientras los gobiernos oligárquicos dependientes obedecen las órdenes de las grandes corporaciones multinacionales y de los organismos multilaterales financieros (FMI, BM) y de comercio, especialmente de la OMC.

“Los campesinos proveen más del 70% de los alimentos que se consumen en el mundo, utilizando sólo el 20 o 30% de la tierra arable, menos del 20% de los combustibles fósiles y el 30% del agua destinados para usos agrícolas, utilizan los recursos naturales de manera potencialmente sostenible y son responsables de cultivar la mayor parte de los alimentos que se consumen nacionalmente”.

“En el otro extremo, la agricultura empresarial o agroindustria provee anualmente tan sólo el 30% de los alimentos y utiliza el 70% u 80% de la tierra arable del planeta, ocasiona entre el 44% y 57% de las emisiones de gases de efecto invernadero, deforestá 13 millones de hectáreas y destruye 75.000 millones de toneladas de cubierta vegetal, controla casi la totalidad de alimentos que salen al comercio internacional, que representan el 15% de la comida producida globalmente, y –aunque domina los más de 7 billones de dólares que vale el mercado mundial de comestibles– deja a 3.400 millones de personas desnutridas, hambrientas u obesas”¹.

La llamada Revolución Verde en sus dos versiones (química-mecánica y genética-biotecnológica) acabó con la agrodiversidad de la pequeña economía campesina de la mayoría de los países agrarios, con las prácticas de cultivos ancestrales y amables con los ecosistemas naturales, desarrolladas por indígenas y campesinos en miles de años; eliminó cientos de miles de especies alimenticias, medicinales y benéficas autóctonas, terrestres y acuáticas; contaminó y desertizó con agrotóxicos al mundo. El neoliberalismo amplió la frontera agrícola en detrimento de bosques naturales, selvas y páramos, al tiempo que extendió la minera y de explotación de recursos energéticos sobre toda la geografía del planeta, incluso en áreas donde se cultivaban alimentos. En la actualidad expropia las fuentes hídricas de los países periféricos, mientras las transnacionales (y algunos países emergentes) compran estos países por pedazos para la gran minería a cielo abierto, para cultivar los alimentos que necesitan y que han de vender a todo el mundo (extranjerización de nuestros territorios). Esta es la situación que vive nuestro país

De las mil variedades de papas que había en el mundo, actualmente se cultivan intensamente cuatro. De los siete mil tipos de manzanas que nutrían la imaginación del siglo XIX, quedan las cuatro o cinco que se suelen ver. El 97 por ciento de la variedad de vegetales que había al comienzo del siglo XX se extinguío. Los campesinos o pequeños productores independientes desaparecieron o se volvieron empleados de esas grandes compañías. En India, más de 200 mil deudores desesperados (¡200 mil!) que ya no tenían cómo afrontar las deudas a las que se vieron expuestos desde que las multinacionales empezaron a cobrarles por sus semillas, se suicidaron.

En la expansión verde, las vacas se trasladaron del campo a los feedlots, los cerdos de sus chiqueríos a galpones de engorde intensivo y los pollos a cámaras oscuras de crecimiento acelerado. La vida de los criadores y la calidad de todos estos alimentos se han empobrecido cuantificablemente: la carne de hoy es más rica en grasas saturadas y remedios. El cambio

¹Tomado de **¿Por qué la agricultura campesina y la agroecología?** Jairo Armando Hurtado –Centro de estudios de desarrollo regional – Universidad de Nariño

*en sus dietas y los espacios cerrados en donde se hace vivir a los animales cubiertos por sus propios excrementos volvió el terreno propicio para la aparición de virus y bacterias nuevas, o viejas pero mutadas. Es tal la cantidad de antibióticos que se les aplica para que aguanten y sobrevivan y que luego consumimos nosotros en forma de carne que las enfermedades en humanos se han vuelto cada vez más resistentes. Escherichia coli, salmonella, gripe aviar y gripe porcina son riesgos que se relacionan directamente con las granjas industriales. Y la obesidad avanza, y el cáncer avanza y los problemas cardiacos y la infertilidad y una larga lista de etcéteras. Si bien la mayor responsabilidad de este desbarajuste recae en países como Estados Unidos y China, no hay sociedad que esté exenta de sufrir las consecuencias.*²

Bien es sabido y difundido, incluso aceptado por la FAO, que en el mundo se producen más del 200% de los alimentos necesarios para el sostenimiento de la humanidad, sin embargo, más de 1.000 millones de personas no tienen acceso a las proteínas, vitaminas y minerales necesarios para vivir en buenas condiciones físicas y mentales. Según la FAO, 1.300 millones de toneladas anuales de comida van a parar a la basura. 06/01/2012. www.fao.org/agronoticias/agro-noticias. Siempre se ha hablado de crisis alimentarias en Asia, África y América latina, pero poco se ha dicho de las riquezas robadas a los países empobrecidos, donde se saquean recursos naturales y energéticos. Los alimentos que los países del norte necesitan para alimentar hasta el hartazgo a sus sociedades dilapidadoras de todo lo que el mundo produce, siguen siendo extraídos de los países periféricos empobrecidos, dejando solo desiertos, hambre y pobreza.

*¿Acaso tiene sentido que en el sur del Brasil se haya destruido todo el bosque del río Uruguay para plantar soja destinada a alimentar las vacas y cerdos de Europa? Mira que locura: después de hacer 500 kilómetros en camión, esa soja viaja 13 mil kilómetros en barco. Cuando llega a Holanda o Alemania, una parte se destina a la alimentación de cerdos, que luego matan, y un porcentaje de esa carne viaja hasta el sur de Italia para hacer salame “italiano” que es exportado a todas partes, incluso al sur de Brasil. No es lógico. La comida debe ser producida localmente y consumida lo más local o regionalmente posible.*³

El problema de la inseguridad alimentaria y nutricional tiene que ver con el cómo se producen y distribuyen los alimentos, si se importan o se exportan, con el acceso, la disposición a los sectores vulnerables de alimentación y nutrición suficientes y sanas; el origen del hambre no está en la sequía, el mucho invierno o en el calentamiento global, ni siquiera en la infertilidad de las tierras o en la falta de mecanización o utilización de tecnologías en la agricultura de los países empobrecidos; el problema del hambre está en las formas de propiedad y uso de la tierra, en el modo de producción, en las relaciones sociales de producción, en la ausencia de autodeterminación de los pueblos, y de soberanía alimentaria. En este sentido, el capitalismo utiliza el concepto de Seguridad Alimentaria para

²Tomado del artículo **EL ALMUERZO DESNUDO: El Lado Oscuro De Nuestra Alimentación** en dic. 14, 2011 - Escrito por Soledad Barruti para www.pagina12.com.ar

³Entrevista realizada a Antônio Lutzenberger, Sebastião Pinheiro fundador de la ASSOCIAÇÃO GAÚCHA DE PROTEÇÃO AO AMBIENTE NATURAL (AGAPAN)

enmascarar la criminal inefficiencia de su sistema, en el cual la cuestión no es si hay comida para todos, sino, si hay suficientes mercancías para consumir, sin importar cómo se produzcan, de donde vengan ni a que costos ambientales y sociales; por eso las estadísticas e indicadores nunca dicen cuántas personas murieron ayer de hambre porque no pudieron conseguir el dinero suficiente para un pedazo de pan y una taza de agua de panela, indicadores de subsistencia para decir que esas personas si almorzaron.

Las estadísticas capitalistas hablan de cuánto se exportó, cuánto se importó, pero no de quienes, con nombres propios, se beneficiaron de esos negocios, ni de quienes perdieron sus trabajos y sus tierras; por eso hablan del crecimiento de la economía como si hubiera crecido el dinero en el bolsillo de cada uno de los ciudadanos, igual que con el PIB, que supone lo que todos los individuos trabajaron y adquirieron por igual en una sociedad desigual e injusta. La Seguridad Alimentaria en los países agrícolas es parte fundamental de su Soberanía Alimentaria, pero no debe ser vista como la gran producción de alimentos por gigantescas empresas transnacionales o nacionales privadas de Sociedad Anónima, que movilizan millones de toneladas de unos países a otros. Desde la perspectiva popular en las condiciones socioeconómicas de Colombia, la producción alimentaria debe estar basada en la pequeña y la mediana propiedad campesina y urbana con una estructura solidaria, comunitaria, asociativa, integrada a un mercado interno, regulada por un estado realmente democrático o de transición hacia el buen vivir. De acuerdo con lo señalado en la Cumbre Mundial de la Alimentación 1996) “*existe seguridad alimentaria cuando toda la población, y en todo momento, tiene acceso físico, social y económico a alimentos seguros y nutritivos que satisfacen sus necesidades dietéticas y preferencias alimentarias, para una vida activa y saludable. Es decir, ésta depende de que exista disponibilidad, acceso y la utilización biológica de los alimentos.*” Pero no dice de los modos de producir ni de la propiedad de la tierra.

Países otrora productores y autosuficientes (ahora deudores de la banca internacional) tienen que importar al costo que quieran los mercaderes transnacionales de alimentos, mientras los que no tienen dichos recursos esperan las “ayudas” humanitarias que muchas veces son lanzadas desde aviones, alimentos que algunas veces tienen vencidas las fechas límite para su consumo, cuando no son productos contaminados (lo que les sobra o desechan los países ricos). O peor, cuando los que “ayudan” son los que saquean sus alimentos como en Somalia, donde los que se roban el petróleo y otros minerales, saquean el pescado de sus mares, destruyendo toda la vida marina (España, Francia, Alemania, Inglaterra...), los mismos que tratan de piratas a quienes defienden su dignidad y su soberanía. Un ejemplo en América es Haití, donde el imperio norteamericano a través de la oligarquía local acabó con la producción de alimentos y ahora el pueblo sobrevive de la limosna “humanitaria” – en el terremoto de 2010 USA no mandó alimentos ni medicamentos ni médicos: invadió militarmente al país-.

“*La crisis está lejos de solucionarse y en los últimos meses se ha extendido a ocho países del Sahel, donde se calcula que hay aproximadamente quince millones de personas en riesgo grave de inseguridad alimentaria. Los estados más afectados son Níger (5,4 millones, 35% de la población), Chad (3,6 millones, 28% de la población), Malí (3 millones, 20% de la población), Burkina Faso (1,7 millones, 10% de la población), Senegal (0,85 millones, 6% de*

la población), Gambia (0,71 millones, 37% de la población) y Mauritania (0,7 millones, 22% de la población), aunque la zozobra también se ha propagado a Camerún y Nigeria.”⁴

Dentro del capitalismo se presentan supuestas alternativas a la situación de inseguridad alimentaria de la mayoría de la población; entre las que encontramos desde lo “ingenuo” hasta lo más absurdo y antihumano. La alternativa que toman los gobiernos dependientes como el colombiano es endeudarse con organismos internacionales como el Banco Mundial, o el BID para importar alimentos, aplicando políticas globalizadoras como TLC, que permiten que las Transnacionales de los alimentos importen sus mercancías subsidiadas sin ningún tipo de control ni fiscal ni sanitario, a los precios que ellas quieran, en perjuicio de los productores y consumidores nacionales, que en nuestro caso son los campesinos y los pobres de las ciudades. La peor de las estrategias nos la propone el Banco Mundial:

Los mecanismos de superación no son universales, pero normalmente involucran respuestas comunes entre las familias y los países. En primera instancia, la respuesta implica alguna forma de ajuste en el consumo (comer alimentos más baratos y reducir el tamaño y la frecuencia de las comidas) y conductas de normalización del consumo (pedir dinero prestado, comprar alimentos a crédito, vender activos y buscar más empleo)....⁵

Esto es lo que han venido aplicando los gobiernos oligárquicos desde la época de la Alianza Para el Progreso (plan contrainsurgente como el Plan Colombia hoy rebautizado Paz Colombia) con ayudas en alimentos, con el modelo Neoliberal que continúa con los TLC que se han firmado y se seguirán firmando con países imperialistas y emergentes (Canadá, USA, Unión Europea, Corea). Todos los países que se “beneficiaron” con préstamos y ayudas alimentarias en los 60 del s, XX, hoy son deudores y consumidores de alimentos -la mayoría transgénicos- que USA les imponen los TLC. Las principales ciudades de Colombia han crecido en los últimos 50 años producto del éxodo de los campesinos pobres, propiciado por la violencia, quienes ven en el espejismo de las ciudades, la esperanza de sobrevivir, pero que al llegar allí se convierten en indigentes que “vagan” o se asientan en las periferias, formando los llamados barrios “subnormales” donde la ignorancia, el hambre, el desempleo y la miseria los obliga a mendigar, delinquir o a prostituirse, cuando no se encuentra un “trabajo” o actividad económica que les permita adquirir los alimentos indispensables, mientras otros sectores de la sociedad y hasta el mismo estado los excluyen y marginan, como lo hace actualmente con el punto 1 de los llamados Acuerdos de La Habana que pretendían mejorar las condiciones económicas y sociales del campesinado.

En los 60 del siglo pasado es utilizada la frustrada “reforma” agraria, (1968) como señuelo para desviar la atención popular hacia la revolución cubana; en esa época la izquierda revolucionaria participó orientando y promoviendo la recuperación directa, con las tomas de “la tierra para el que la trabaja”; pero esta reforma, aunque liberal, es desmontada con el pacto de Chicoral (1971), dividiendo al movimiento campesino. En los 80 se inicia la contrarreforma agraria (genocidio, despojo y desplazamiento) auspiciada desde algunos sectores del estado, cofinanciada por el capital

⁴FAO: “Urge ayudar a los agricultores y criadores de ganado afectados por la sequía en el Sahel”, Roma, 9 de marzo de 2012

⁵Las “estrategias de superación del hambre” según el Banco Mundial

VicentBoixwww.elparquedelashamacas.org

multinacional y ejecutada por terratenientes y narcotraficantes, utilizando las fuerzas armadas oficiales y ejércitos mercenarios, que aún continúa. Desde los 70 el movimiento campesino, también influenciado por ONG europeas y norteamericanas, entró en un proceso de dispersión y división, propiciadas por los sucesos de desintegración del entonces campo “socialista”, y del movimiento socialista internacional, que a su vez ejercía influencia en sectores populares como el movimiento sindical y el campesinado. El movimiento indígena también sufrió la misma violencia aunque no el mismo grado de dispersión, por su estructura étnica ancestral poco permeada por las corrientes políticas de izquierda, lo que le ha permitido sostenerse en el ámbito político y social de las luchas populares y como productores de alimentos.

Para iniciar un proceso de soberanía alimentaria real, los movimientos sociales populares deben hacer un análisis autocrítico de sus prácticas y sus relaciones con la tierra, con los productores y consumidores del campo y la ciudad. En los casos de los campesinos, indígenas y pescadores es importante mirar las prácticas de producción, mercadeo y consumo de sus productos, en relación con los intereses que se benefician. Los pequeños y medianos productores del agro podrían preguntarse: ¿Hasta cuándo se puede continuar produciendo para el mercado de los hipermercados y la agroindustria capitalista?

¿Hasta cuándo siguen pensando los agricultores pobres y medios en producir para exportar los productos que nos ordena el mercado, global y no para nuestras necesidades?

¿Por qué los campesinos/as continúan utilizando insumos agrotóxicos y métodos erosivos?

¿Por qué aceptamos el monopolio de las semillas, su transgenización y utilización en nuestra agricultura?

¿Por qué prefieren los campesinos la ganadería de especies mayores, de alto costo económico y ecológico, a la agricultura alimentaria?

¿Por qué se persiste en el monoproducto y no diversificamos la agricultura popular?

¿Por qué la mayoría de los pequeños agricultores siguen produciendo aislada e individualmente?

¿Por qué, los campesinos tienen que ir a la ciudad a comprar todos los alimentos de su dieta?

Si luchamos por la libertad de la madre tierra, por mejor calidad de vida, lo lógico es que también lo hagamos por la autonomía, la solidaridad, la fraternidad y la cooperación con los sectores hermanos de las ciudades, a quienes en últimas les llegan los productos. Lo mismo pasa en la ciudad, donde los trabajadores, los pobladores de los sectores populares, no buscan el acercamiento solidario con los campesinos productores de los alimentos que consumen, (prefieren lo importado, lo procesado conservado, lo instantáneo para consumir, se van por el color, el olor, el tamaño) ni piensan en la posibilidad de cambiar sus prácticas consumistas y alimenticias, porque la propaganda y la “comodidad” que les ofrecen los hipermercados y los medios no les deja otra opción.

Los hipermercados o grandes superficies pertenecen a transnacionales, (Casino, Macro, Walmart, Cargill Cencosud) ellas imponen condiciones técnicas, estéticas y de mercadeo a los productores, y a los consumidores los obliga a ser fieles (a través del chantaje financiero de las tarjetas de crédito) a sus almacenes y al consumo de sus mercancías sin derecho a exigir calidad y seguridad nutricional, biológica, bioquímica o de procedencia de los alimentos, limitándose a la información –

trazabilidad⁶- que la empresa quiera suministrar de acuerdo a los TLC. Es necesario crear asociaciones de consumidores de alimentos sanos que puedan exigir calidad y seguridad biológica y nutricional a las grandes superficies, capaces de decidir qué comer y a quien comprar, empezando por consumir alimentos sanos autóctonos de nuestra diversidad agropecuaria apoyando el trabajo de nuestros campesinos.

La concentración de la riqueza y de la tierra en pocas manos, la desindustrialización del país, la precarización del trabajo, la multiplicación del desempleo, son expresión de la crisis económica y social del capitalismo, que soporta nuestro pueblo, siendo víctimas de estos procesos la inmensa mayoría de trabajadores del campo y de las grandes ciudades. Aunque más del 70% de la población viva en las ciudades, el país sigue siendo de vocación agrícola, productor de materias primas de origen vegetal; de hecho aquí se puede producir una gran variedad de alimentos de todos los pisos térmicos; se producen alimentos en grandes feudos agroindustriales como la caña de azúcar, palma de aceite, soya transgénica (monocultivos), maíz transgénico, yuca, que se están utilizando para producir agrocombustibles para automóviles o para exportación, mientras los pobres se mueren de hambre. Simultáneamente se cultiva una gran variedad de alimentos de la canasta popular en pequeñas fincas y parcelas de indígenas, comunidades negras rurales y campesinas, que cubren más del 60% de la canasta básica de las familias colombianas.

Los agronegocios, (nuevo nombre del latifundio agroindustrial y el monocultivo), los commódities la gran minería a cielo abierto, asolan campos, montes y montañas, son las locomotoras que siembran el hambre y cosechan la muerte para el pueblo en campos y ciudades. En los últimos 20 años los gobiernos, aplicando políticas diseñadas por el FMI, el Banco Mundial, la OMC y Compañías Transnacionales, olvidaron el agro, no diseñaron ni aplicaron una política agroalimentaria que garantizara autosuficiencia alimentaria, desestimularon la producción interna, multiplicando las importaciones de alimentos que el país producía, incluso exportaba. Colombia pasó de importar 800.000 toneladas de alimentos en 1992, a 8 millones de toneladas en 2002. Esta agricultura acabó en el mundo con la biodiversidad y la agrodiversidad alimentaria en más del 70%, monopolizando las transnacionales de los alimentos la producción alimentaria, reduciendo la variedad y la calidad nutricional de los alimentos, contaminando con OMG las especies naturales, Colombia no es la excepción. En 2012, de los 4 millones de toneladas de maíz del consumo nacional, el gobierno autorizó la importación del 85 %.

Para 1965, cuando realizamos el Primer y último Congreso Triguero Nacional en Bogotá, importábamos 120.000 toneladas anuales y nuestra producción ascendía a 180.000 toneladas. Nos habíamos abastecido cerca de 300 años, desde la traída del cereal a territorio colombiano por los colonizadores de España. Hoy se importan 1.500.000 toneladas de trigo y escasamente se producen 30.000 toneladas en Nariño.

“Con la “apertura económica de las importaciones” (.....) se repitió la historia con el maíz. Nos habíamos abastecido más de 5.000 años, desde cuando nuestros hermanos mayores lo trajeron a lo que hoy es Colombia, desde su centro de origen mundial en la Península de

⁶La trazabilidad es el seguimiento histórico de un producto a lo largo de la cadena de suministros, desde su origen hasta su estado final como artículo de consumo.

Yucatán. Hoy importamos cuatro millones de toneladas y nuestra producción nacional llega a menos de un millón de toneladas.⁷

Del arroz y el algodón se importan más del 60%, productos en los que el país era autosuficiente y hasta se exportaban; lo mismo pasa con el coco, que, existiendo buena producción, se importa procesado a menor precio. Los cacaoteros en 2011 por disminución del precio del grano obtuvieron 2000 millones en pérdidas, solo en Santander, el departamento mayor productor del grano, el valor de la tonelada pasó de 5.7 a 3.4 millones, por las importaciones y el contrabando desde Perú y Ecuador. En el país hay 40.000 familias productoras de cacao –Portafolio-. El café, producto estrella, es importado para cubrir el consumo nacional, siendo el producto de más valor, de la canasta familiar (como la gasolina y el azúcar), mientras los productores ven reducidos sus ingresos y los exportadores del grano se enriquecen. Transnacionales y exportadores nacionales han impuesto la producción de frutas “exóticas” (uchuva, pitahaya, palmito) que al poco tiempo se dejan de consumir, dejando en la quiebra a muchos pequeños y medianos productores (cada vez llega más cantidad y variedad de frutas foráneas) como se pretende ahora con la producción de aguacate haas. El atún y el camarón, que abundan en nuestros mares, lo pescan (pesca de arrastre) multinacionales extranjeras y luego nos lo venden caro enlatado, sin posibilidades de supervivencia para los pequeños pescadores, como pasa con el bocachico que ahora es importado de Argentina, mientras a nuestros pescadores artesanales de agua dulce que viven en la miseria no les es permitida esta actividad, por la alta contaminación de los principales ríos, bien por aguas residuales de las grandes ciudades como por la agroindustria y la minería.

Por otro lado, gran parte de la tierra robada a los campesinos está siendo utilizada para ganadería extensiva para la producción y exportación de carne y leche, sin embargo consumimos carne y leche de las más caras del continente, que los estratos bajos no pueden adquirir. La ganadería vacuna es una actividad tan contaminante como los carros por su alta producción de metano, además de ser erosiva, pues los cultivos de pasto convierten la tierra en desiertos verdes que impide la absorción y acumulación de agua, acabando con la biodiversidad. El área que ocupa cada res suprime la posibilidad de cultivar alimentos sanos cientos de veces más que lo que produce una vaca⁸; en el país hay más de 17 millones de Hectáreas de tierra fértil desocupadas o sin el uso adecuado a las necesidades de las comunidades, en poder de unas pocas familias y empresas. Esta situación sin TLC fue mortal para la economía popular; es predecible la catástrofe agroalimentaria para el pueblo colombiano con los tratados comerciales que se están firmando y ejecutando -que lo estamos comprobando con la crisis ambiental en Casanare y el resto de los Llanos Orientales donde se explotan hidrocarburos-; tampoco se necesita ampliar la frontera agrícola, al contrario, se debería reducir en más del 30% en los próximos 20 años.

El proyecto de desarrollo del Estado oligárquico para el campo está en marcha: la megaminería, el monocultivo para agrocombustibles, los agronegocios o commodities, la agroindustria

⁷El dedo en la llaga: “*I TOOK PANAMÁ*” A “*I TOOK COLOMBIA*” Hernán Pérez Z. Medellín, 2012.

⁸La importación de grandes cantidades de cereales a muy bajo coste para la alimentación del ganado suponen en la actualidad más de un tercio de la producción mundial de cereales

para exportación, en poder de los grandes monopolios; sobre la base de la extranjerización y la legalización de la tierra expropiada a los campesinos, mediante las Zidres, la Ley de Tierras o programa de restitución sin regreso de los campesinos a sus parcelas, y un plan de Desarrollo Rural enfocado hacia la gran producción empresarial, con todos los componentes de la ansiada Reforma Agraria, pero sin campesinos pobres ni medios, a los que si acaso, les darán una ínfima renta por el predio –asociación con el terrateniente, quien en muchos casos será el mismo que financió su desplazamiento- y el campesino, y o les darán empleos como jornaleros; pues los terrenos de alta llanura y de los valles fértiles requieren una muy alta inversión, que solo el capital transnacional y terrateniente nacional –como los ingenios Riopaila, Castilla o la familia Iragorri-Laserna- o el Estado pueden hacer. Pues el gobierno no tiene un peso para invertir en la pequeña y diversa producción agroalimentaria campesina y popular, porque la plata para el agro está destinada a la gran propiedad con proyectos agroindustriales, distritos de riego e infraestructura a gran escala (Agro Ingreso Seguro AIS), porque la guerra es mucho más importante y rentable para el modelo extractivista.

Esta sí es una reforma agraria pero a la inversa en beneficio de los capitalistas; a los campesinos sin tierra les tocará volver a la época del coloniaje de hacha y machete a acabar con lo poco que queda de bosques y selvas, ampliando la frontera agrícola para que continúe la repetición de la historia de violencia y destrucción de la madre tierra; pero si los campesinos, indígenas y sectores populares de las ciudades queremos una reforma agraria –y urbana- justa, integral y democrática, tenemos que recuperar la dignidad y la memoria para construir en unidad política y de acción, una alternativa de soberanía y poder popular con iniciativas solidarias y comunitarias, económicas y culturales en el campo y la ciudad, que obligue al Estado a realizarla o, establecer un gobierno Popular de transición que legisle y ejecute políticas de justicia social. En este sentido las grandes y heroicas movilizaciones de campesinos pobres y medios, realizadas en 2013, primero en la región del Catatumbo reclamando el cumplimiento de acuerdos firmados por el Estado años atrás, el respeto y apoyo a las Zonas de Reserva Campesina (creadas por ley de la república); las marchas y protestas de cafeteros, cacaoteros, arroceros, lecheros contra las importaciones de alimentos, y el gran paro agrario de 2014, que logró despertar solidaridad y rebeldía en las ciudades, contra los TLC y la política agrícola del actual gobierno, son un síntoma de reactivación de la lucha campesina por mejores condiciones para la producción y la comercialización de sus productos, por la conservación de las semillas naturales y el respeto al territorio y al medio ambiente que las transnacionales y la megaminería pretenden destruir.

Sin la nutrición adecuada, sin la garantía de sostenibilidad en la calidad y cantidad de los alimentos necesarios, la población infantil y juvenil tiene pocas posibilidades de asimilar conocimientos, de aprender una profesión académica ni mantener la capacidad física para trabajar, crear y rebelarse, y lógicamente que la falta de nutrientes en la alimentación genera consecuencias físicas y sicológicas en la población de escasos recursos económicos, que se expresan en la contextura física de languidez, alta mortalidad y morbilidad infantiles, bajas autoestima y capacidad intelectual, disminución en las tallas de los niños y reducción en las expectativas de vida (se ha reducido a menos de 65 años en los últimos 20 años), debido al poco consumo de proteína. Los niños y los adultos mayores son los más vulnerables, muchas veces sus familias no tienen cómo brindarles una aceptable atención alimentaria a estas personas que escasamente consumen una comida de mala

calidad nutricional al día. El Estado trata de disminuir estos efectos con programas asistenciales privatizados, deficientes como Familias en Acción o la Red Unidos, los Hogares infantiles de Bienestar y de almuerzos escolares y para los adultos mayores, mientras el resto de la población desempleada o con pocos ingresos no puede cubrir sus necesidades nutricionales.

Es necesario combatir las causas de la pobreza y el hambre, confrontando y exigiendo al Estado actual la aplicación de una política nacional de soberanía y seguridad alimentaria y nutricional que beneficie a todos los sectores populares, construyendo al mismo tiempo alternativas solidarias, democráticas al interior de los productores populares, desde sus prácticas y particularidades en el ejercicio de autonomía y soberanía popular. Además del abandono del campo agroalimentario, el país ha sido conducido a la desindustrialización y a la dependencia económica, especialmente en el área alimentaria. Aunque se sigue cultivando alimentos, esto no garantiza que sea para consumo interno y para humanos, ni que su distribución sea en beneficio de los más pobres y hambrientos.

Aproximadamente 2.000 millones de personas padecen carencias alimentarias de proteínas, hierro iodo, vitamina A y otras vitaminas.

- En nuestro mundo globalizado unos 826 millones de personas sufren el azote del hambre, de ellas 792 millones viven en países en vías de desarrollo y 34 millones en países industrializados.

- Solo en América Latina más de 200.000 niños mueren anualmente, antes de cumplir los 5 años, por desnutrición y enfermedades que pueden ser fácilmente prevenidas o tratadas.

- Se está globalizando la pobreza y la exclusión social: 2.800 millones de personas sobreviven hoy con menos de 2 dólares por día, y 1.200 millones de ellas disponen de menos de 1 dólar por día.

- En el mundo de hoy el 20 % más rico de la población mundial controla el 86 % del PIB mundial y el 82 % de las exportaciones de bienes y servicios.

- El 20 % más pobre apenas opera sobre un 1 % del PIB y de las exportaciones.

- El 70 % de las personas pobres en el mundo viven en zonas rurales y dependen casi totalmente de la agricultura y el desarrollo rural para su subsistencia.

- Se está produciendo una masiva expulsión de comunidades campesinas e indígenas del cultivo de la tierra sin alternativa de medios de vida y de trabajo⁹.

Gonzalo Salazar, abril de 2018

⁹*El Contexto Mundial Agroalimentario* Vicent Garcés -